

# EL OBISPO VEYAN Y LA OCUPACION FRANCESA DE VICH EN 1809

La primera ocupación de Vich por las tropas napoleónicas duró dos meses, desde el día 17 de abril al 17 de junio de 1809. La amenaza de invasión, prevista desde el 6 al 13 de abril, cuando resultó incontenible el avance de las tres divisiones francesas bajo el mando de los generales Chabran, Pino y Lecchi, puso en conmoción la ciudad que entonces rebasaba las 15.000 almas, de tal suerte que el pánico impulsó a huir a casi todos sus habitantes, abandonando los hogares ante la falta de resistencia mientras estuvieran de paso los ejércitos intrusos que buscaban una comunicación con Francia. Sólo quedaron viejos y enfermos y algunos pocos eclesiásticos en torno al obispo Don Francisco Veyan y Mola. En total se calcula en no más de 150 personas las que quedaron de las huidas de los atropellos y del peligro que obligaran a los hombres a servir en el ejército francés.

En semejante desolación y abandono los franceses llegaron a Vich por la mañana del día 17 de abril con las tres columnas que avanzaron protegiendo la cuarta mandada por el general Saint-Cyr con la que eran llevados unos 1.500 prisioneros de anteriores campañas para ser internados en Francia, junto con el botín recogido en las correrías desde Tarragona.

El general Saint-Cyr se estableció en el Palacio Episcopal con su cuartel general y las altas graduaciones del ejército ocupante en las casas nobles de la ciudad después de forzar las puertas, y la tropa, que se estima en 16.000 hombres, por los conventos y doquiera hallaron un tugurio para guarecerse, cuando hartas de saqueo y pillaje pudieron elegir a mansalva las casas abandonadas.

La entereza del obispo, al permanecer en la ciudad, la salvó de incendios y de peligros mayores, tratando con los altos mandos de los ocupantes y jugándose su propia libertad sólo por amor a sus súbditos, durante los dos meses de ocupación, manteniendo su enérgica decisión ante las tropelías cometidas por las tropas y reprochando a los mandos la incua situación que habían creado en el país. Pero al final, cuando los franceses abandonaron la ciudad y el pueblo pudo reintegrarse a sus hogares, en vez de agradecer la actitud tomada por el obispo, su conducta fue mal vista por cierta clase de gente que le reprochó de afrancesado y mal patriota.

Su amigo, el P. Jaime Villanueva, no pudo menos que hacer constar sobre esta actitud del obispo Veyán: «Lo que en esta ocasión padeció la ciudad de Vique, y lo que por ella y por el alivio de sus vecinos hizo este verdadero pastor en las dos veces que la subyugaron los franceses, él mismo, a instancias mías, me lo refirió en dos cartas muy largas que me escribió en los años 1809 y 1812; las cuales, entre otras muchas con que fre-

cuentemente me honraba, conservo con el aprecio que merece un obispo tan literato y virtuoso... Las cuales tenía resuelto imprimir aquí, para que sirviesen de apología de su autor y desengaño de los que de palabra y de obra tiznaron su conducta en esta parte. Pero viendo que son muy largos estos escritos, y que tanto me falta para andar en los míos, he mudado de propósito, confiado en que acaso hará otro por sí y separadamente (1) este oficio de justicia debido a la virtud y memoria de tan sabio prelado.»

De estas dos cartas a que se refiere el P. Villanueva, posteriormente fue conocido el texto íntegro de la primera de ellas, según copia conservada entre los papeles del Rvdo. Ramón Sala, que fue publicado en el periódico vicense *Gaceta Muntanyesa* a partir del número 244 de 11 de abril de 1908. De la segunda se ignora el texto. En esta primera carta, de fecha de 19 de agosto de 1809, el obispo Veyán narra al P. Villanueva los sucesos acaecidos en la primera ocupación napoleónica, dando a comprender su decisión de permanecer en Vich y de arriesgarse a los peligros que ello suponía, explicando qué clase de relaciones mantuvo con los altos mandos franceses, que no fueron ciertamente de colaboración.

Dado el interés que tiene esta carta y lo efímero del lugar donde fue publicada, damos de nuevo el texto según una copia de la época que figura entre los Papeles Varios de la Biblioteca Episcopal de Vich.

Muy Rdo. P. Presentado, muy Sr. mio, y Amigo: quedo sumamente agradecido por las nuevas muestras que me da Vm. de su afecto, manifestándome en su carta de 23 del pasado, el cuydado que ha tenido de encomendarme a Dios durante mi cautiverio, y el gozo que le ha causado la noticia recibida por nuestro comun amigo el Sr. Vega, de haberme sacado Dios de los peligros a que se me consideraba expuesto, y realmente eran de temer, librándome al mismo tiempo de incurrir en vileza, ni bajeza alguna, ni otra cosa contraria al decoro, y obligaciones del carácter episcopal, ni a mis deberes, para con la Patria, y nuestro legítimo Soberano; ni tampoco al zelo de sostener y defender su causa, como debe hacerlo todo buen Español. Ayúdame pues Vm. a dar gracias a Dios, que es a quien se debe toda la gloria, y a suplicarle se digne aceptar mi buena voluntad y preparación de ella, condonándome los muchos defectos, en los demás de mi administración.

Parece que el Sr. Vega á dicho a Vm. algo en general de lo que me ha acontecido en este lance, pero Vm. no se contenta con ello; sino que desea saber en particular, las circunstancias más notables manifestándome tendrá gusto de leerlas, y que lo tendria mayor en oirlas, si posible fuera. Ciertamente creo que se divertiría Vm. algunos ratos, si yo pudiera referirle á boca, algunos pasajes, y conversaciones entretenidas y curiosas; que me ocurrieron con estos huéspedes; en su larga mansión de 62 días en que los traté familiarmente a todas horas; pero para escribirlas serian

menester emplear muchos ratos, y algunos pliegos, y como ya me voy entorpeciendo para escribir, se habrá de contentar Vm. conque le refiera en particular algunos lances de los más substanciales, e importantes aprovechando para ello algun intervalo que me dejan las ocupaciones que ocasiona el trastorno, y estragos causados por la mansión ó paso de los franceses en esta Ciudad, y en muchos lugares y Parroquias de esta Diócesi; y los que actualmente produce la terrible epidemia de enfermedades, conque después de los trabajos pasados nos aflige Dios en todo este País.

No debiera conceder á los deseos de Vm. por el motivo que insinua, pero como segun el Sr. Vega me significa no todos han aprobado mi resolución de esperar á los franceses, y no ausentarme; y aun algunos parece que lo han censurado siniestramente, ignorando tal vez las circunstancias particulares, y verdaderos motivos que me impelieron a ella; por otra parte he experimentado indudablemente una especial protección de Dios, no solo dándome un valor, una tranquilidad, y una serenidad que me causaba admiración; sino también verificada de algún modo en mi la promesa que nuestro Sr. Jesucristo, hizo a sus Apóstoles y Discípulos *Cum steritís ante presides, et Reges, nolite cogitare quomodo aut quid loquamini: ego enim dabo vobis os et sapientiam etc.*, me parece no debo ocultar la verdad, de lo que puede ser motivo para alabar la bondad y misericordia del Señor.

Desde que se tuvo algún fundado temor, de que los franceses viniesen a ocupar esta Ciudad, tenía leida con mucha reflexión la carta de Sn. Agustín al Obispo Honorato; en la que trata muy de propósito, de los casos en que sería lícito a los Obispos y Sacerdotes el ausentarse de sus Iglesias, y separarse de sus Feligreses, por causa de alguna eminente persecución; ó les será obligatorio el permanecer con ellos, por grandes que sean los peligros, como en efecto lo eran en la invasión ó persecución, vandálica, que era la que entonces se padecía en Africa; convencido yo de la solidez de las Reglas y máximas que el Santo establece, tanto por su respetable autoridad, como por las razones en que las funda, me propuse obrar conforme a ellas, según la diversidad de circunstancias que ocurriessen.

A ultimos de Marzo nos vimos amenazados y casi persuadidos que el ejército de los Franceses que habia estado algun tiempo al Campo de Tarragona, se dirigia a esta Ciudad y que al cabo llegaria a ella trepando por el Congost, y otros puntos escabrosos, como en efecto sucedió; por mas que acudió a defenderlos una gran muchedumbre de Paysanos, con algunos Migueletes. Por entonces aunque no dudé, que se huiria una gran parte de los habitantes de esta Ciudad, especialmente los de la Junta (2), los que tenian alguna representación, los que se habian alistado en las Compañías de reserva, y tomado las armas; las mugeres especialmente las jóvenes, y otros que pudieren tener algun motivo particular de temer en sus vidas, o en su libertad; con todo, como se había dicho que este mismo ejército, en los lugares, que habia ocupado, y en que habia permanecido, la mayor parte de sus habitantes, como en Reus, en Sitges, en Vilafranca, y otros pueblos, no habia hecho otras violencias, ni estaciones,

que las de exigirles víveres, y contribuciones, me persuadía que aquí en Vique, también permanecerían muchos de sus habitantes, que no habían dado especial motivo para tener otras vexaciones, que las contribuciones, y alojamiento de las tropas, lo que era regular quisiesen preferir a los mayores daños, que probablemente les podía ocasionar, el entero abandono de sus casas; por la misma razón pensaba yo, que en tal caso no dexaría de haber muchos Eclesiásticos, Seculares, y regulares, que se quedasen y pudiesen darles el pasto espiritual conveniente y necesario.

Esta persecución, y el recelo de que pudiese ser yo, un objeto especial de persecución, porque tal vez querrian obligarme a hacer algunas cuestiones opuestas a la lealtad y fidelidad, que debo y quiero guardar, a nuestro legítimo Soberano, y también porque sería regular que encontrasen y vieses (como en efecto sucedió) algunos exemplares de algun exorto, o edicto, que habia hecho yo circular en Julio del año pasado (3), cuyo tenor naturalmente los habia de irritar, y enfurecer contra mí, como puede Vm. ver en el exemplar que le remito, me tenían determinado a ausentarme, y para ello tenía dadas algunas disposiciones, y prevenidas caballerías.

Pero observé, que quanto mas crecía, y se acercaba el peligro de que llegasen aquí los Franceses, tanto mas se aumentaba el temor de quedarse, y el número de los que se apresuraban ya a partirse. Sin embargo de esto, no era posible que dexase de permanecer en la Ciudad, un considerable número de personas de todas condiciones y sexos. Unas por enfermas al Hospital, o en sus casas, otras por ancianas, o achacosas, otras por no saber que hacerse ni donde ir; perdiendo de contado el pobre aguarde sus casas, y no teniendo conque vivir en otra parte.

En este supuesto quise asegurarme de que no les faltase la asistencia necesaria, tanto espiritual como temporal; y apenas hallé valor ni resolución para quedarse, aun en sujetos de quienes mas lo esperaba; por lo que me pareció, que podía y debía prudentemente temer que ausentándome yo, quedasen aquellas personas enteramente abandonadas, o alomenos sin los socorros necesarios y expuestas a experimentar mayores atropellamientos de los Enemigos. Con esta consideración, me resolví entonces a permanecer firme, confiando en la Divina Providencia, y resignado a lo que se dignase disponer de mí, comuniqué mi determinación a los Párrocos o Domeros de la Catedral los quales, desde luego, se ofrecieron a permanecer conmigo y para animarles más, les dije que se viniesen a habitar conmigo en el Palacio, como en efecto lo hicieron. Publicada mi resolución por la Ciudad, se determinaron también a quedarse algunos otros Eclesiásticos. El Dr. Domingo Vila, Rector de la Rodona, y operario útil, el qual también se vino al Palacio, como asimismo el Rector de Gurb, para asistir desde aquí a sus ovejas, si quedaban algunas en su parroquia, y tambien a las de esta Ciudad, como en efecto lo hizo con aplicación y zelo. El Canónigo Manegat, uno de los individuos que componen la Junta de Administración del Hospital, se trasladó a habitar en el, para cuydar de su gobierno y Administración. El Canonigo Lectoral Magnet, se quedó en su casa, pero habiendo sido insultado y robado por unos soldados Franceses, luego despues de su entrada, le hize venir a Palacio donde permaneció. En San Felipe Neri, se quedó un Sacerdote con otro viejo, y solo

con un hermano; los Dominicos escaparon todos, menos el Padre Gironella que se vino a Palacio, y después de idos los Franceses, murió en su Convento de enfermedad. El Convento sirvió de cuartel a los Voltigeurs, y la Iglesia de Almacén de trigo. En los Capuchinos quedaron siete u ocho Religiosos, cinco o seis en los Trinitarios, y otros tantos en Carmelitas Descalzos todos los quales, el día antes de la entrada de los Franceses, vinieron a manifestarme su determinación, y ofrecerse a quanto les mandase en alivio de los Fieles enfermos, o sanos. Díjeles que, al entrar los Franceses, se estuviesen quietos y cerrados en sus Conventos, que yo haria lo mismo con mi familia y demás que tenia en Palacio, hasta ver lo que iba ocurriendo. También se quedaron en sus casas algunos otros Sacerdotes Seculares, todos ancianos o achacosos. Las Monjas y Beatas, ya se habian ausentado todas, a excepción de una Religiosa de Santa Teresa enferma y tullida, la que se trasladó al Hospital con una Hermana para cuydarla.

El día 16 de Abril por la tarde, los Franceses ocuparon la Villa de Centelles y aun pasaron mas adelante parte de ellos, llegando a Balenyá y Tona; con esto estaban ya dentro de la Plana, y sin ningun impedimento para entrar en Vique, pues los Somatenes, y Paisanaje armado, que no habian podido detenerlos, ni en las asperezas del terreno de Sant Feliu de Codines por donde habia trepado una Columna, ni en las estrechuras del Congost, no era posible los hiciese frente, ni la menor resistencia, una vez que estaban en las llanuras cercanas a esta Ciudad; mayormente componiendo un ejército, que se juzga de unos diez y seis mil hombres, lo menos, con quatro Generales de División, otros de Brigada, uno de Artilleria, otros de Ingenieros, y otro de estado mayor, con mucha caballeria, y Artilleria: de lo qual carecian enteramente nuestros defensores, los quales desde entonces se dieron prisa á alegarse retirándose a las Montañas, y lo mismo hizo la gente de la ciudad, que no se habia adelantado al salir de ella, en los días antecedentes.

En la mañana del siguiente día 17 de Abril, comenzaron muy temprano las tropas Francesas a acercarse a esta Ciudad, y los que habian quedado en ella, se estaban encerrados en sus casas, y lo mismo hize yo con mi familia y mis huéspedes. Estabamos en la habitación que está sobre la puerta del Palacio observando lo que ocurría, quando vimos que un Oficial con cinco o seis Soldados de caballo, venia encaminándose derechamente a la puerta de Palacio, y al acercarse a ella me presenté en el Balcón. Saludóme con cortesía, y me dixo: que venia de parte del General en Gefe Saint-Cyr, a decirme, que dentro un breve rato, vendria a apearse en Palacio; le respondí con términos corteses, que estaba muy bien, y me complacia de ello. Mandé que abriesen las puertas del Palacio, y dije al Oficial (que segun vi después era uno de los Edecanes del General) que subiese si gustaba; pero el respondió que habia de volver inmediatamente a encontrar al General; que hasta que este llegase no abriesen las puertas; y que entre tanto ya dejaba cerca de ellas, tres o quatro de los Gendarmes que habia traído, y estuviesemos sin cuydado. Con esto se nos ensanchó el corazón, y dije a los que estaban conmigo: viene mandando estas Tropas el General Saint-Cyr, (lo que hasta entonces ignorábamos) Oficial

de Superior graduación, y en años pasados estuvo de Embaxada en Madrid: se ha dicho de el, que ha tratado con mas humanidad que otros Generales los lugares que ha estado, y viene a hospedarse en Palacio; previniéndonos de ellos con anticipación: todo esto me parece que nos puede hacer esperar que no seamos tan mal tratados como pudieramos temer que lo fuésemos, sin estas circunstancias.

Pasado un cuarto de hora o algo mas, vemos venir la comitiva del General; se abrieron las puertas, y entró a aperarse en el Patio a donde hize bajar dos Capellanes para recibirlo, y yo lo recibí a lo alto de la escalera. Saludóme con cortesía, y con la misma le correspondí: luego ví uno a su lado, que me saludó con particulares expresiones, y muestras de cariño, y conocí que era el Príncipe de Salm Rirburg. Este había sido echo prisionero el año anterior por unos Paisanos al entrar en España, con una partida de Caballos, y había salvado su vida diciendo quien era, y que era primo del Duque del Ynfantado: Al pasarlo por esta Ciudad, con otros prisioneros, se habian visto los que gobernaban algo embarazados, sobre el modo de alejarlo con la distinción correspondiente a sus circunstancias; y me ofrecí a hospedarle en Palacio, sí lo querían traer a el; como en efecto lo hicieron. Es un mozo de unos veinte años, afable y de buca crianza, y se iba a su tierra, bajo su palabra de honor, segun dijo. Él mismo me dijo: que habia hablado de mí a Saint-Cyr, dándome a entender que por su insinuación había venido aquel a Palacio; pero Saint-Cyr nada me dijo sobre ello, y mas probable parece que lo hizo de su propio motivo, y autoridad, y pareciéndole que tendria mas espacio y comodidad para alojarse, con sus Edecanes, Criados y Caballos que en alguna otra casa de la Ciudad. Sea como fuera, tuve por especial ventaja, y realmente lo ha sido, el que viniese a Palacio, porque con esto he tenido proporción y facilidad para tratarlo y hablarle a todas horas, con lo que creo que se han evitado y remediado algunas casas, y seguramente he sido mas atendido, y respetado de todas las Tropas, y me he librado de la incomodidad y de los desayres, y tal vez de desprecios que hubiese tenido que sufrir habiendo de ir a hablarle y visitarle en otra casa. Serian como las nueve de la mañana cuando llegaron, y luego se presentaron varios Oficiales, y me fueron diciendo sus graduaciones: Este es el General del estado mayor, este de Ingenieros; este de Artilleria, este de División, etc., a todos los quales hice mi cumplimiento, y me correspondieron cortesmente; y luego fueron a buscar sus alojamientos que eligieron en las Casas principales, y mejores; en las que no encontraban que algun criado anciano u otro encargado de cuydarlas, porque sus dueños, se habian ausentado todos. Quedaron solamente en Palacio el General Saint-Cyr con sus Edecanes y el Principe Salm, a los quales dí de comer el primer dia, con lo que en pocas horas se pudo disponer pues no teniamos prevenciones especiales. De allí adelante comieron separadamente habiéndolo prevenido el General, diciéndome: que ellos acostumbraban a comer muy tarde, y a su modo; que yo siguiese mi método acostumbrado; y en efecto seguí en todo en el mismo orden de vida que antes solia: dije Misa todos los días, comí, cené, rezé el Rosario con mi Comunidad Eclesiástica, todo en las horas acostumbradas, sin ningun embarazo, entrando y saliendo de mi cuarto, por la pieza en que ellos estaban todo el dia; que será la antesala en que

acostumbran estar los Pages de guardia; pues, aunque el General tenia toda la habitación que da sobre la Plaza de la Catedral, apenas estaba en ella, sino para dormir, y algun corto rato entre dia, y todo el dia estaba en aquella pieza, por haber en ella una chimenea que siempre tenían encendida, y por verse desde allí una gran parte de esta plana y de los Montes que la circuyen.

Observó el General desde su habitacion que no se celebraban los Divinos Oficios en la Catedral y que sus puertas estaban siempre cerradas. Preguntóme porqué era aquello. Respondíle que se habian ausentado casi todos los Residentes, y Sacristanes, y sirvientes, por lo que no era posible se celebrasen en ella los Oficios; y que por la misma causa, se habia trasladado la Reserva del Santísimo Sacramento a la Yglesia del Hospital para administrarlo á los fieles, y llevar el Santo Viático a los Enfermos. Entonces dijo: nosotros somos Cathólicos, y queremos se continuen las funciones como antes; y en quanto al Viático qué se lleve con la solemnidad acostumbrada; qué honores le suele hacer la tropa Española. Díjele: que iban a acompañarle quatro Soldados, con sus Fusiles y Bayonetas; lo mismo, dijo, hacemos en Francia, y se hará aquí, y no hay que temer ningún desacato de parte de la Tropa. Sin embargo de esto, el Viático siempre se llevó en secreto, solo con una linterna delante, porque faltaban Eclesiásticos, y otras personas necesarias para el acompañamiento solemne: Pero algunos entierros que ocurrieron se hicieron con toda publicidad y solemnidad.

El General quiso luego ver la Catedral: se buscaron las llaves de las puertas y no pudieron encontrarse, porqué el que las tenia a su cargo se había huido y no se pudo averiguar a quien o adonde las habia dejado.

Se le dijo al General, que las puertas principales no podrian abrirse sin hacer mucho destrozo en ellas; pero habia una puerta menos principal la que sin tanto daño podria quebrantarse si gustaba entrar en ella. Dijo que bien, y en efecto entró con sus Edecanes; y no se si con algunos otros Oficiales, y la estuvo reconociendo un rato. Yo no me hallé presente, y solo le acompañé después de haber vuelto en la Tribuna de Palacio para oír el Organo, que quise probase a tocar un Edecan Napolitano, el que no hizo nada de bueno, y dijo no entendia sus registros; pero que era superbo. El principal motivo que tuvo el General para ver la Catedral fué, segun conjeturo, el ver si habia en alguna cosa especial tocante a las Nobles Artes, porqué parece aficionado e inteligente en ellas, especialmente en la pintura; pues qualquiera que veia tal qual notable la observaba, y notaba sus defectos ó perfecciones; y le trajesen algunas de las que encontraban en las Casas de esta Ciudad, pero solo vi que se detuviese a observar con particular atención un quadro de un Ecce Homo que no se si se lo quedó, o llevó; en las demás apenas paró atención, como tampoco lo paró en las del Episcopologio Sin duda querria si por casualidad encontraba alguna de nuestros más famosos Pintores Españoles de los que tiene particular conocimiento, y me dijo que, siendo Embaxador en Madrid, habia podido lograr algunas de sus pinturas.

Cerróse aquella puerta de la Catedral que se habia abierto; se puso cerca de ella una Centinela, para que los Soldados no la forzasen, y no

se volvió a abrir hasta el día de Pasqua del Espíritu Santo, en el qual el General En Gefe, con los demás Generales, y muchos Oficiales fueron con formalidad, y aparato a oír una Misa resada, durante la qual tocaron sus Músicos con gran multitud de instrumentos. Díjola uno de los Domeños porque la División, que estaba en la Ciudad que era de Franceses, no tenía Capellan alguno, pero lo traía la división de Italianos del General Pino cuyo Capellan vino a pedirme, el *Oleum infirmorum*, y facultades para administrar en caso necesario los Sacramentos, de Confesión, Comunión, y Extrema-Uncion, a algunos viejos, y enfermos que habian quedado en dicho lugar sin asistencia de algun Sacerdote Español.

Desde luego que entraron los Franceses en la Ciudad fueron a buscarse alojamientos, y que comer en las casas, quebrantando las puertas que encontraban cerradas, sino había habitantes, que las abriesen. Si las abrian, y gustaban tomaban alojamiento en ellas haciéndose dar camas, utensilios, comestibles, o tomándoselo todo: Bien que en algunas casas acomodadas, ya había prevenido algún Criado, u otra persona anciana, que habian dexado en ellas, que les franqueasen todo lo que hubiese en las mismas. En las casas que hubo Oficiales de graduación o algunos otros racionales y humanos especialmente si permanecieron continuamente en ellas, porqué muchas veces salían algunas expediciones, no hubo por lo regular destrozo de muebles; pero si en algunas; Aguna pesquisada de lo que estaba escondido. En las demás que fueron abandonadas a la Soldadesca, todo fué echado a perder, y robado y se hicieron muchas excavaciones, y rompimientos de paredes, para buscar escondrijos de modo que apenas quedó alguno, que no fuese hallado, de los muchos que habia en las Casas, en jardines, en casas de campo y en parajes que parecia imposible hallarlos.

En San Felipe Neri, y en los Conventos que quedaron habitados, se introdujeron luego al principio algunos soldados, que con amenazas les pidieron dinero, pero habiendo venido á quejarse conmigo los introduje al General al qual mandó se pusiese una centinela en cada uno de ellos, y con esto no fueron ya mas insultados, ni en sus Yglesias se les hizo daño alguno, ni se les puso estorbo, para que continuaren, como continuaron en exercer los ministerios sagrados.

La primera cosa especial sobre que entraron en conversación conmigo (y despues me lo repitieron muchas veces) fué el preguntarme: porque se habian ausentado y abandonado sus casas los habitantes de esta Ciudad, atribuyéndolo á preocupación y barbarie, y que no conocian sus intereses, y pues si hubieran permanecido, no hubiesen padecido tantos daños como indispensablemente padecian estando ausentes, que antes bien los artesanos hubieran ganado dinero trabajando en sus Oficios, y otros vendiendo varias cosas que hubieran comprado la Tropa, como había sucedido en Reus, Villafranca, Valls, y otros Pueblos en los quales había estado, este mismo Exercito. A esto respondia yo, callando otros motivos que me pareció seria imprudencia echarlos en cara, que en varios papeles públicos se había referido, que en diferentes pueblos, que habian ocupado las Tropas Francesas, se había quitado la vida a algunas Personas, y a otras, se les había hecho muy malos tratamientos, y que también se ha-

bía dicho: Que apresionaban los Jovenes hábiles para las armas y los llevaban a Francia para hacerles servir en los exercitos del Norte; y bajo de esta supuesto, unos por ser de la Junta, otros para haber llevado las armas, o en somctenes, o en las Compañías que aquí se habian formado, y otros para ser mozos aptos para ellas; casi todos se consideraban en peligro de perder la vida o la libertad, y por esto preferian sufrir qualquiera daños, que pudiesen seguirseles de su fuga. Negaron lo de la Aprehensión de los mozos; y sobre las muertes acaecidas en algunas partes, decian que, si habian acaecido algunas, solo habia sido por algun motivo particular de desórden, o con algunos que habian sido encontrados con las armas en las manos haciendo resistencia.

Pocos dias después de su llegada, estábamos un dia sentados cerca de la Chimenea el General Saint-Cyr, dos Generales más, y yo, y en la misma pieza, me parece que habia algunos Oficiales o Edecanes. Comenzaron a hablar de la presente guerra; y pasó la conversación, que boy a referir en substancia, porqué como hablamos en Francés, en cuya habla no estoy muy corriente ni ejercitado, me explicaba con alguna dificultad, y en los términos que al punto me ocurrían, no es fácil acordarme de los precisos o idénticos que usé, y ellos usaron, pero tengo bien presente el sentido, y aun lo material de algunos de los mas notables, y enérgicos con que me expliqué. Decían que los Españoles, que se resistían a admitir la nueva constitución, y el Rey que se les habia dado, no entendían bien sus intereses ni los de la España; que en aquella quedaba la Religión Catholica reconocida por dominante, y única; y la Autoridad Real muy modificada con sus establecimientos: que el Rey José era muy bueno, muy moderado y poco amigo de fausto, y de luxo, y muy aficionado a procurar y fomentar todo lo que fuese de mayor utilidad de los Vasallos, y del Estado, y así que bajo su gobierno la España seria feliz, y saldria de la debilidad en que se hallaba; contesté diciendo que la España tenia ya su Constitución y Rey legítimo, y jurado y reconocido por toda la nación, al qual no podía, ni debia abandonar, admitiendo otro, que ningun derecho tenia a la Monarquía.

Dijeron, que Fernando habia querido destronar a su Padre moviendo el motin que hubo para destronarle ó obligarle a renunciar: que siendo el Emperador aliado y amigo de Carlos quarto, no podia dejar de auxiliarle para restituirlo al Trono, pero que no queriendo reinar mas, por sus achaques o por el atentado, que se habia cometido contra el, habia cedido sus derechos al Emperador, y este habia nombrado Rey de España a su hermano José. A esto repliqué yo que, sin entrar en discusión sobre si Fernando habia tenido parte activa en el motin, y si este se habia dirigido a destronar a Carlos quarto o a obligarle a renunciar, sobre lo qual la Nación estaba bien persuadida que nada hubo de ello; lo que no podia dudarse ni admitir disputa era, que las leyes constitucionales de la Monarquía Española tenían arreglada y establecida la sucesión de sus Reyes, que estos nunca se habian tenido ni reputado por unos Déspotas que tengan un dominio absoluto, e ilimitado sobre sus Vasallos; y así que no eramos esclavos, ni bestias, para que pudiésemos ser dados, ni cedidos arbitrariamente por nuestro Monarca.

Continuaron diciéndome: que al poder del mas fuerte todo cedía, y era preciso que cediese: que al interés de la Francia le convenia tener unida la España, y a esta también le convenia estar unida a la Francia: que el Emperador no desistiría de la empresa ¿y como podrian resistir los Españoles al poder del Emperador? Oído esto les dije que esto seria despreciar el derecho natural y de gentes, y seguir los principios de Hobbes no reconociendo otro derecho que el que da la mayor fuerza, y dicta el propio interés. Dije esto con algun calor de modo que me parece les chocó; pues me preguntó un General: *Monseigneur: la vivacité n'est pas peché?* No señor le respondí quando nace de un justo motivo y se dirige a un recto fin no excediendo a los términos: No habeis leído: *irascimini et nolite peccare?* La dicha pregunta, era alusiva a algunas conversaciones que yo había tenido con el mismo General que la hizo. Este era de buen humor, y atento. Me había preguntado en una ocasión al ver mi pectoral, que reliquias llevaba en él. Dijele, entre otras que le nombré, que llevaba una de San Francisco de Sales. Este es mi pariente dijo el General: mi familia tiene relaciones de parentesco con la suya. Pues imitadle en las virtudes, le dixé yo. Si, si, ya procuro hacerlo, que también quiero yo ser Santo, etc. De este modo se chancaba frecuentemente conmigo sobre varios puntos, pero siempre con urbanidad, y cortesía, y yo hacía lo mismo con él. También lo hacía algunas veces Saint-Cyr aunque no con tanta familiaridad.

Ni el tiempo de la referida conversación ni después manifestaron los Generales enfado alguno, ni dejaron alguna conmigo, sino que continuaron a tratarme con el mismo agrado, y atención que antes. Sin embargo como ví que llevaban prisioneros a Francia el General Espeleta, y a varios Oficiales que estaban en Barcelona porque no habian querido reconocer al Rey Josef (4), y supe que por el mismo motivo habian puesto a la Ciudadela, y en Montjuich, algunos Ministros de la Audiencia de aquella Ciudad, no dejé de estar con algun recelo de que quisiesen hacer lo mismo conmigo, mas luego se me proporcionó el tener algun motivo de tranquilizarme algun tanto por entonces. Se me vino a la mano la oportunidad de ganar algun tanto la voluntad y confianza de uno de los Edecanes del General, y procuré por medio de él averiguar algo de las disposiciones del ánimo de Saint-Cyr para conmigo, y el Edecan me dijo: *Leu General est content de vous il a dit, que vous estes un honnete home et a talent: il es doux et raissonable: ne cregnez rien.*

También quisieron tentarme por ambición, segun pude inferir de varias conversaciones, en las que me preguntaron de las Rentas de este Obispado y me hablaron de Arzobispados, y otros empleos, o destinos de Grandes rentas, y honores con algunas insinuaciones quiméricas y ridículas; a todo lo qual les contesté siempre con el desengaño y desprecio que debía.

Todo esto pasó en los primeros días, y después ya no me hablaron directamente de semejantes cosas; pero iban tocando varias especies sobre abusos, que suponian al gobierno de España; sobre su atraso, e ignorancia en punto de ciencias y artes; sobre muchedumbre de Regulares, la ignorancia, e influjo, que suponian tener sobre el Pueblo, y que ellos los habian incitado a esta guerra, sobre Inquisicion, y la crueldad y bárbaro modo de proceder, que suponian a ella, sobre tolerancia en materia de

Religión, sobre supersticiones, y facilidad de creer, milagros, hechicerias, y otros efectos de Magia, y comunicación tácita o expresa con los Demonios, sobre disolucion é hypocresia, codicia, y fasto Clero romano, sobre la Papisa Juana, y en fin sobre otras muchas especies traviesas, que habian leído en Voltaire, o Bayle, o otro de sus filósofos Franceses, pero que me persuado que ellos mismos no creían, sino que de ellos por burla hablaban y diversión. Acerca las cosas de España, de su Clero secular y Regular y de Inquisicion procuraba hacerles ver, que estaban muy mal informados, y llenos de preocupaciones, producidas por relaciones falsas y exageradas de escritores malignos y enemigos de nuestra Nación, y por Viajeros superficiales e ignorantes; y en punto de abusos los redarguia con que tanto los Antiguos como los modernos, siempre habian sido o eran mayores, o por lo menos iguales en Francia, de donde habian salido la mayor parte. En fin, sobre otras especies malignas o ridículas de los Filósofos herejes, procuraba contradecirlos con sus mismos escritores Franceses los mas doctos, y críticos que los habian combatido, y hechos despreciables. Todo esto pasaba en forma de conversación, sin calor de disputa ni empeño de sostener lo que se insinuaba o proponia.

No dudaba yo habían visto mi Edicto o exhorto que remito a Vm. porque había observado que leían diarios, gacetas, y otros papeles impresos que habian encontrado por las Casas, sin embargo no me hablaron del hasta pasado mucho tiempo y sucedió de esta manera. Estaba una tarde el General Saint-Cyr jugando en el axedrés, y yo estaba en la Chimenea que hay en el mismo cuarto. Entró un Monsieur, a quien llamaban Gefe de Francia y decian que era un gran químico, que tenia obras impresas sobre química, historia natural; solía venir algunas tardes a ver el General; y este parece gustaba de oírle hablar de física y de química, y le hizo hacer análisis de la agua de las fuentes de esta Ciudad que declaró ser de buena calidad, y algunas otras experiencias con sus ácidos, sulfatos, muriates, nitrates, spiritus, etc. de que trajo al cuarto del General un Botiquín y hablaba de todas estas cosas, y otras con un tono Magistral. Entró pues este Sr. Formacier, y fué a saludar al General. Este poco después, sin interrumpir el juego, le dió un papel diciéndole algunas palabras, de las que solo entendí Eveque de Espagne, y presumo diriale ved un escrito de un Obispo de España.

Comenzó a leerlo, y luego vino adonde yo estaba, y me preguntó: ¿és vuestro este escrito?, le miré y le dije que sí: pues me lo llevo a casa para leerlo con cuydado porque aun no entiendo muy bien el Español. Hasta entonces no habia sabido de positivo, que el Edicto hubiese sido visto por el General, ni por ningun otro Francés. Volvió de aquí a pocos días el químico en ocasión que el General estaba jugando tambien el axedrés, y yo a su lado mirando el juego.

Saludó al General, y lo dejó sobre la mesa; nadie decia nada sobre el. Y yo dije al químico cuando me dejaréis ver algo de vuestras obras? Pues habia dicho algunos días antes que me las dejaría ver. Respondió en voz tan baja, o de modo, que yo no le entendí bien lo que decia. Entonces un Oficial que servia de intérprete al General, dijo. Parece que Monsieur Morlot no ha quedado contento de vuestro escrito. Dijele; porqué? Acercóse

entonces Mr. Morlot, y me dijo: me parece que de tan grandes Personajes no debía hablar con tan poca consideración, y respeto: esto que decís de insaciable ambición del Emperador no me parece bien. Respondíle: los hechos públicos y notorios son los que hablan por si mismos. Apartóse un poco Morlot, hablando algo que yo no entendí, y dijo el intérprete: Mr. Morlot dice que si supiese hablar en Español o quisieseis hablar en Latin os haría ver lo que dice. Mr. Morlot (dije yo) me podrá dar lecciones de química, pero ni de Moral ni de Política, no pienso tomarlas de el; y con esto dejó la conversación. Toda ella en voz alta, y al lado del General el qual continuaba su juego, y nada decia: pero, poco después, se volvió hacia mi, y me dijo en voz baja: mas de cuarenta ejemplares de vuestros edictos me han traído. A lo que respondí: no lo extraño, porque habrán hallado muchísimos por las casas, porque yo distribuía muchos a todo el Clero y aun a algunas personas; y además el impresor me pidió licencia para imprimir mas, porque muchos se lo pedian. Después de esto no hablamos mas del asunto. Por fin llegó el tiempo de su partida, para la qual se fueron preparando algunos dias antes, embiando los enfermos a Barcelona, y con otras disposiciones.

El día inmediato a su marcha, apenas vi al General, porque casi todo el día se estuvo en su quarto con algunas ocupaciones. Me envió algunos libros que había tomado de mi librería, y lo mismo hizo otro General con uno, que me había pedido. El pariente de San Francisco de Sales me dijo: tengo que pedir os me hagais un favor. Y qual es? Que me deis ese Mapa de Cataluña, pues aunque el General tiene otro de igual, yo no lo tengo, y vos teneis otro. Tomadlo le dixé, y qualquier otra cosa que gustéis. Después me dió una cajita de plata para que le pusiese tabaco: ofrecile una más grande de concha la que de ningun modo la quiso aceptar, como ni tampoco antes jamas había querido tomar del mismo tabaco habano que le había ofrecido varias veces con motivo de tomar algun Polvo de mi caxa, y darme de la suya en que llevaba Rapé.

El mismo General con el Intendente General de este Ejército entraron al anocheecer en mi quarto, y me recomendaron unos quantos enfermos que dejaban en el Hospital por no poderlos llevar; y saliendo yo con ellos encontré en otra pieza a Saint-Cyr el que con semblante risueño me dijo: ahora que nos vamos estaréis contento viéndoos desembarazado de estos huéspedes. Respondíle: bien conoceis que no puedo ser insensible a los bienes y a los males de mis feligreses, ni dejar de complacerme que vuelvan a sus Casas: mas por lo que toca a vuestra Persona, yo quedo reconocido por las atenciones que os he debido, y os deseo la mayor prosperidad.

Luego añadió: las tropas comenzarán a salir esta noche, y yo partiré muy de mañana, pero estad tranquilo, que yo dejaré una partida de Gen-farmes que no se moverá de aquí hasta que todos hayan partido. Con esto me despedí del; me retiré a la hora acostumbrada con todo sosiego, y a la mañana, cuando me levanté, hallé ya enteramente desembarazado el Palacio de los huéspedes y sus equipajes sin otra novedad especial (5).

Así se terminó mi cautividad, mas feliz sin duda de lo que debía prometerme; como el tratamiento que recibí durante ella, a la verdad menos

duro y áspero de lo que podía esperar: mas no dejé de tener algunos ratos y motivos de tristeza y amargura por los estragos que estabamos viendo se hacian así en los campos, como en las huertas talándolos con los forrajes, y pasto de sus ganados, como en las casas con el saqueo y destrucción de muebles: ya por los temores que estaba del fin y paradero, que esto tendria; pues aunque conmigo nunca dejaron de usar de cortesía, y atención, se advertia que en algunas ocasiones no tenian el mismo buen humor que en otras, y no les faltaba aquí motivos para no tenerlas, pues los mas días se estaban oiendo muchos tiros en los cerros cercanos de esta Ciudad, de cuyas resultas entraban frecuentemente heridos, uno de los quales fué el General Chabot herido de una bala en el muslo; y de estos heridos y otros enfermos, tenian un gran número, que a mi entender les embarazaba para la salida de aquí, y al fin los enviaron a Barcelona con una partida de tropas. Ademas de esto les escasearon mucho los viveres, a excepción del trigo, que hallaron aquí en abundancia; y el vino llegó a faltar aun a los Oficiales de alta graduación.

Por otra parte Dios quiso enviarnos en aquella ocasión trabajos de otra especie. Primero enfermaron dos criados, luego el Secretario, y el Mayor-domo que murió después de algunos días de enfermedad.

Posteriormente enfermó el Domero Puig uno de los Párrocos que estaban conmigo, y recaió el Secretario, pero ambos curaron; sin embargo de no tener Médicos del Pais, y haber tenido que recurrir a los Franceses. También murió Estabanell, Notario de mi Curia, y el Padre Solans de San Felipe Neri. El Dr. Luciano Gallisá (6) que casi no salía de la cama, fué abandonado de sus sobrinos, y dejado unicamente al cuidado de un Artesano conocido de la casa; pero tuvo la fortuna de haber alojado a ella, uno, o dos Oficiales, que no solo no le hicieron daño en la Casa; ni ultraje alguna en su Persona; sino que le trataron con respeto, y le hacian buena Compañía algunos ratos. El Rector de Gurb y demas de mi Comunidad iban frecuentemente a verle, y se le enviava carne y cualquiera otra cosa, que se le ofreciese. Después ha tenido el disgusto, que caiese Enfermo su sobrino el Dr. Jacinto, pero ya va convaleciendo.

Después de la visita del General Francés las he tenido de otros Generales Españoles, y entre ellos el Sr. Blake que ha estado en Palacio cuatro días y hoy ha partido con 5 mil hombres, a ver si con esta Tropa, y las que hay por allá pueden levantar el sitio de Gerona, cuyo feliz suceso esperamos con ansia.

Me he ido alargando contra mi primer intento, porque unas especies traen otras, aunque muchas de ellas son menudencias de poca substancia, no dejan de conducir para mayor inteligencia del principal.

Deseo que V. disfrute de la mayor salud, y le retifico un efecto rogando a N.S. guarde su vida m.a.

Vich 19 agosto de 1809.

Rdo. P. Presentado F. Jayme Villanueva.

Es conocida la respuesta que dio el P. Jaime Villanueva a esta larga carta. Fue publicada por Mn. Segimón Cunill en el *Butlletí del Centre Excursionista de Vich*, n.º XXIV, setembre de 1917, p. 189, que reza así:

Sevilla, 9 de octubre 1809.

Ilustrísimo Señor.

Muy Señor mio de mi mayor veneración. No se con que palabras explique el gozo y gratitud que han excitado en mi la carta última de V. S. I. Téngola por la prueba más auténtica del afecto que debo a V. S. I. que tanto trabajo quiso tomarse por sí mismo para informarme de todo el pormenor de lo ocurrido con tales huéspedes. Por otra parte no ceso de bendecir al Señor que tan visiblemente ha protegido a V. S. I. y le ha dado la fortaleza necesaria para no abandonar a sus feligreses en tal apuro, y para sostener el carácter de su dignidad, y lo que es más el de español entre las sugerencias de gente tan vil y opresora. En la libertad que me he tomado de leer a varias personas la carta, he doblado mi satisfacción, con las lágrimas de algunos y la admiración de todos al oír la firmeza de las respuestas de V. S. I., en las que yo reconozco de lleno a V. S. I. que me suenan como si las estuviese oyendo. Lo de M. Morlot es muy sublime y gracioso, pero lo es mucho mas la contestación a Saint-Cyr cuando dijo que tenia más de 40 exemplares del exhorto de V. S. I. A todo excede (y es lo que más les debía amargar) la entereza en oponerse a su nueva constitución y Rey.

En todo ello reconozco a Dios, y veo su mano en esta época del pontificado de V. S. I., como la reconoci en otros puntos de él. El Señor quiera darnos el sosiego necesario, para que se haga público el quadro de un obispo, que ha de gustar a los buenos más que los pintados a Saint-Cyr.

Todo esto debí decir a V. S. I. desde Ontiniente, más la carta de V. S. I. llegó ya en los últimos días de aquel priorato, el que he tenido que dexar llamado por una Real Orden para seguir mis viajes en estos reinos de Andalucía. La perentoriedad de mi viaje y lo mucho que él ha durado, no me han permitido hasta ahora contestar a V. S. I., ni darle aviso de mi nuevo destino en el que como en cualquiera otra situación de mi vida conservaré siempre viva la memoria de lo mucho que debo a V. S. I. Llegué acá el día 6, y por ahora estoy con mis hermanos a quienes recientemente han dado un Canonicato en Cuenca y una plaza de Oidor en Oviedo. Todavía no he comenzado mi trabajo, pero creo que ya no tardará.

El Señor Coll arzobispo de Caracas se halla en Cádiz. Hele enviado la carta original de V. S. I. Hoy espero su contestación. Por esta razón no la han podido leer aun mis hermanos y otros de por acá, que lo desean.

Sírvase V. S. I. saludar al Sr. D. Luis y demás Señores de esa mi venerada familia, que acompañó tan fielmente a V. S. I. en el tiempo de su tribulación. Sentí mucho la muerte del Sr. Mayordomo Puig. El Señor conserve a los demás para testigos del heroísmo de V. S. I., que puedan contar lo que su humildad habrá callado.

Escribo ésta por medio del Sr. Vega, por no saber si los Correos se hallan ya corrientes para Vique.

Dios Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchísimos años, cuantos le ruega este su más apasionado y afectísimo servidor y Capellán Q. S. M. B.

Fr. Jayme Villanueva

Ilmo. Señor Obispo de Vique.

Lástima que no se haya conservado la segunda carta, del 1812, indicada por el P. Villanueva, en la que seguramente el obispo Veyán le expondría los hechos acaecidos en Vich con la invasión francesa del 13 al 22 de julio del año anterior y la negativa que el obispo dio al general Suchet que le exigía celebrar un Tedeum en la Catedral para celebrar la toma de Tarragona por los franceses.

E. JUNYENT

#### NOTAS

- (1) JAIME VILLANUEVA: *Viaje Literario*, VII, p. 127, texto redactado por el autor en 1821.
- (2) La Junta Corregimental de oposición al invasor había abandonado la ciudad el 13 de abril, cuatro días antes que aconteciera la llegada de las tropas al mando del general Saint-Cyr; luego, el día 23, se aposentó en Ripoll.
- (3) Se refiere al edicto publicado el 23 de julio de 1808 que consta de doble papel en folio, impreso en tres de sus caras. En él el obispo lamenta los sucesos que condujeron a la renuncia de Fernando VII, calificándolos de inicuo atropello; la intromisión de las tropas francesas con engaños y el despotismo bárbaro e insolente que ejercieron en el país en nombre del rey intruso. Justifica la justa y general indignación y levantamiento del pueblo en defensa de la libertad para repeler la tiranía. Se duele de la ocupación de Barcelona, y aplaude la constitución de la Suprema Junta de Gobierno del Principado y la decisión de ésta de levantar un ejército de 40.000 hombres contra los invasores. Por ello se hace solidario de las decisiones orientadas a contribuir al sostenimiento de la guerra, aplicándolas por su parte en los aspectos que se referían al terreno eclesiástico, tanto de corporaciones como de individuos.
- (4) Fué el 24 de abril cuando las divisiones de los generales Chabran y Lecchi, se pusieron en movimiento para conducir los prisioneros a Francia. Hallada resistencia en San Pedro de Torelló se desviaron por Roda y Santa Maria de Coreó, siendo hostilizadas al paso por Collsacabra, logrando empero bajar por la Salud hacia Sant Feliu de Pallerols, para establecer contacto en Besalú con las tropas francesas que operaban en el Empordá, logrando así la entrega de prisioneros y del botín de guerra a través de la frontera.
- (5) La retirada de las tropas francesas de Vich se había iniciado con las fuerzas mandadas por el general Lecchi que el día 14 de mayo atravesaron las Guilleries para auxiliar el sitio que los franceses tenían puesto a Gerona. Más tarde, convencido el general Saint-Cyr no ser posible asegurar el paso hacia Francia, se retiró de Vich con las otras divisiones para acudir durante la noche del 17 de junio al sitio de Gerona a través de las Guilleries.
- (6) Es el célebre jesuita vicense, ex-profesor de la Universidad de Cervera que, desterrado con los otros hermanos de la Orden, fué bibliotecario del Duque de Ferrara y creador, junto con el obispo Veyán, de la Biblioteca Episcopal de Vich. Se había retirado en Vich, lleno de achaques, donde murió el día 28 de agosto de 1810, el mismo día en que nació Jaime Balmes.